

# SABLAZOS CIENTIFICOS



Dicen que en los días que ha permanecido en Madrid S. A. R. el príncipe de Mónaco ha recibido más de mil peticiones de dinero de otros tantos sabios futuros, que carecen de medios económicos para ampliar sus investigaciones científicas.

Estas peticiones, por muy científicas que sean, reciben el nombre de «sablazos», exactamente iguales á los que se daban en la calle de Sevilla á raíz de la muerte de Don Alfonso XII. Hoy, gracias á la crisis económica por que atravesamos, todo Madrid es calle de Sevilla.

No dicen los chismosos cómo ha contestado el príncipe Alberto aquellas peticiones, ni siquiera si las ha contestado: hombre acostumbrado al estudio de los bajos fondos marinos y connaturalizado con el modo de vivir de toda clase de peces, debe saberse de memoria estos otros bajos fondos sociales en que los peces espadas de la ciencia, de la política, del arte y de las letras, luchan por la conquista del bisté con tanta furia como ballenatos.

Porque—salvando algún caso de efectiva y triste necesidad—la mayoría de los señores que se han dirigido á Su Alteza no son más que unos frescos desahogados dignos de figurar en el estuario del Museo de Mónaco.

—Señor—le dice uno de ellos—en España la psicología de los calamares está por hacer: si Vuestra Alteza se dignase facilitarme quinientos francos ¡nada más que quinientos! yo podría publicar un libro en que se planteara francamente el problema. —Alteza: no conocemos la fauna de nuestros grandes ríos. La falta de protección oficial ha impedido hasta ahora que los pocos tratadistas españoles que nos dedicamos á la *Flumenfaunología* hayamos perfeccionado nuestras teorías con una amplia experimentación documental. ¿Qué hay en el fondo de nuestro Manzanares? Muchos dicen que sólo cuatro trapos á medio lavar, abandonados por las lavanderas á la furia de la corriente; pero indicios vehementes

permiten suponer que, pasado el Puente de Segovia, debe encontrarse alguna muestra del langostino terrestre, á quien V. A. conocerá



por lo menos de nombre. Con una exigua suma—de diez ó doce mil francos, por ejemplo—podríamos echar las bases de una sociedad dedicada en cuerpo y alma á sondear el secreto de los ríos españoles. Claro es que elegiríamos para este sondeo

los meses de verano, pues de lo contrario la sociedad habría de disolverse, apenas formada, por fallecimiento de todos sus miembros.

Pero el más sincero, el más noble de todos los peticionarios, ha sido un auxiliar de la Facultad de Ciencias de una Universidad, que, viendo que sus emolumentos no le auxiliaban para poner á diario el oído á la lumbre, se ha dirigido al sabio príncipe pidiéndole... una plaza de *croupier* en el Casino de Monte-Carlo. Es un puesto científico como otro cualquiera: mezcla de observatorio y laboratorio.

Se dice que el príncipe ha tomado nota preferente de esta petición, por parecerle la única que ofrece cierta garantía en el móvil del peticionario. Respecto á los otros, al pedir una subvención para hacer la psicología del calamar ó para estudiar la fauna de los ríos, ¿quién garantiza que no tratan de fundar una pescadería ó de tomar unos baños fluviales en el próximo verano?...

JOAQUÍN BELDA

DIBUJOS DE MONTAGUD

## LA FIESTA DE LA REPUBLICA Y YO

Hay que ver los llos en que yo me meto, sin tener por qué ni para qué. Todo por no saber decir á nada que no. Gracias á que pertenezco al sexo fuerte; que si, por altos designios de la Providencia, llego á figurar en el débil, mi *debilidad* me hubiese hecho más célebre que Rita.

Todos los días falto á cinco ó seis palabras, solemnemente dadas, ora á los amigos, ora á los simplemente conocidos. Esta lamentable idiosincrasia mía me ha proporcionado muchos disgustos. Y ¡nada! no escarmiento; sino que, en mi afán de complacer á todo el mundo, cada día me complico más la vida haciendo un verdadero chaparrón de promesas. Claro está que muchas las cumplo, pero otras no puedo cumplirlas, y ya me tienen ustedes más corrido que una mona deshaciéndome en disculpas, que no siempre son buenamente aceptadas.

A la hora de ahora, precisamente, estoy que no sosiego,—por qué diran ustedes?—por no haber escrito un himno para que lo cantasen los niños de unas escuelas incorporadas al Círculo Republicano de no sé qué distrito. Me explicaré.

La semana pasada vino á casa á verme un maestro compositor, á quien quiero muy de veras, y por cuyo encumbramiento sería yo capaz de todo, hasta de encasquetarme uno de esos sombreros de moda que llegan á los sitios media hora antes que sus dueños.

—¿Qué te trae por aquí, maestrizo?—le pregunté.

—Pues mira, chico: que tengo el encargo de escribir un himno para que lo canten los alumnos de unas escuelas laicas el día del aniversario de la instauración de la República en España, y he pensado en tí para que me hagas la letra.

—Pero, hombre, ¿estás loco? Para eso hacen falta unos alientos de poeta que yo no tengo, y, sobre todo, hay que estar poseído de gran entusiasmo por la causa, y tú

ya sabes que yo dejé de ser republicano á los dieciocho años.

—Nada, nada; tienes que complacerme.

—Con mucho gusto... Pero considera...

—No hay disculpa que valga. Mañana vuelvo por la letra.

—Yo creo que debías pedírsela á Macías del Real.

—De ninguna manera. Tengo interés en



que la escribas tú, que tienes costumbre de hacer cantables de zarzuela.

—No es lo mismo.

—¿Cómo que nó? Música es lo uno y música es lo otro.

—Bueno, chico: ven mañana y te llevarás la letra del himno.

Y por la boca muere el pez. Desde entonces acá llevo unos días de perros. Más de veinte veces me he puesto delante las cuartillas para escribir el pícaro himno, y ni á tres tirones me sale. Por mucho que exprimo la cebolleta no saco nada en limpio, es decir, he sacado estos dos versitos, que no sé por qué me da el corazón que se parecen á los de otro himno:

¡Gloria á España!

Gloria á España, libre y feliz.

Y ni Cristo pasó de la cruz, ni yo he pasado de ahí. Total: que una vez más he faltado á mi palabra, por esta incurable flaqueza de decir á todo que sí, y, lo que es más de lamentar, he enojado grandemente á un buen amigo. Porque el enfado del maestro compositor es tal que ayer me ha enviado una carta, en la que me dice: «No creí nunca que hicieras una cosa así. Por tu culpa no tendrá este año todo el esplendor debido la fiesta del 11 de Febrero. Por supuesto, no creas que te vas á quedar riendo, porque los correligionarios sospechan que no has escrito el número porque Maura te ha pagado á buen precio tu traición.»

¿Qué les parece á ustedes la que me he buscado por ser complaciente? ¡Bien sabe Dios que no hay nada de eso! Maura no me ha dado ni una peseta. ¡Que me registren!

Y sepa el señor Lerroux, á quien ya le habrán ido con el soplo, que mi ánimo no ha sido ocasionar tan grave daño á la causa de la República. Ricardo Fuentes, que me conoce á fondo, sabe que yo podré no ser republicano, pero soy un hombre incapaz de semejantes maquinaciones.

FRANCISCO DE TORRES

DIBUJOS DE RAMÍREZ





# MUNDO FEMEMINO

LOS ANUNCIOS DE LA ESTACIÓN PRÓXIMA.— TELAS Y COLORES.— SOMBREROS.— LOS TRAJES DE LAS JOVENCITAS.— LA BALANZA EN EL TOCADOR.

Las modas parisieníes en este momento ofrecen un matiz que no se puede aprovechar más que en los países de la Costa Azul, Egipto, Argelia y en los hermosos climas de Italia ó Andalucía.

El frío de París ahuyenta á las hermosas, vuelan como bandadas de mariposas al sol, y de los talleres de las grandes modistas no salen más que toilettes primaverales cuando la mayoría de las mujeres se acurrucan tiritando entre las pieles. Los equipos parisinos nos dan la norma de lo que nosotras llevaremos á fines de Febrero. Las reinas de la elegancia han anticipado en dos meses su primavera.

Desde luego puede asegurarse que dominará el gusto por los colores claros. Se ven ya muchos vestidos de paño blanco ó gris muy claro encuadrados en pieles. Los trajes sastre se hacen en tafetán cambiante, de tonalidades muy claras. La gran novedad que nos amenaza es el empleo de unas telas semejantes á los tejidos de las tapicerías de los muebles.

El guarda ropa necesita uno de estos trajes sastre para los paseos de mañana, el indispensable traje de terciopelo, el de seda obscura para más *habillei*, y el de tafetán claro para los casinos y soirées, sin contar los caprichosos de teatro ó baile que se pueden permitir. Los adornos preferidos son los grandes cuellos de preciosos encajes, los cinturones de largos caídos que terminan en flecos y los botones originales; así como los bordados en *soutache* de seda.

Las echarpes de seda rodeadas de piel se prefieren á las grandes pieles porque se pliegan más graciosamente y aportan una mayor suma de distinción cuando no pueden poseerse las maravillosas mantas de

las princesas rusas. Los sombreros siguen haciéndose muy sencillos. Se lleva mucho el cómodo sombrero de fieltro; y en los otros las damas exigen de las modistas que la forma quede terminada sin contar con el adorno. Los grupos de plumas, las *ai-grettes* y las flores se preparan aparte de modo que se puedan colocar con un gran pasador. Esto facilita mucho la comodidad de llevar los sombreros en el viaje y conservarlos mejor en la casa.

Los primeros sombreros de crin ó paja con flores que han de aparecer tendrán una tendencia á las capelinas de *estilo*. Las flores de cinta y terciopelo serán las preferidas. Una nota original la traen los vestidos de las jovencitas. Las siluetas de las niñas de catorce á dieciocho años parecen copiadas de un figurín antiguo. Llevan muchas telas envolventes, ya en faldas plegadas y *fichus* que rodean el talle. Se establece una verdadera separación entre sus modas y las de sus madres. La higiene de la belleza ha aumentado con un mueble más el cuarto tocador. Las damas elegantes no prescinden de tener su báscula que les permite conocer su peso sin molestarse en ir á un almacén ó á una estación y sin las diferencias que establece el espesor de los trajes, abrigos, etcétera. Las básculas de tocador son sencillísimas. Un banquito, con aspecto de coquetón taburete, en el cual al sentarse gira la aguja y deja ver el número en un espejo sabiamente colocado, para poderlo leer la interesada sin hacer partícipe á la doncella de esa íntima confidencia que nos revela lo que hemos *ganado ó perdido* de una vez á otra. Es una coquetería de gran valor higiénico, con la cual se puede acudir con seguridad y prontitud á los remedios que la higiene recomienda para adelgazar ó aumentar de carnes.



Trajes y sombreros para jovencitas de catorce á diez y ocho años



# ¡ETERNA LEY!

Por aquella chiquilla encantadora de ojos azules como el claro cielo, que por todo legado dejara al infeliz su amor primero, ¡cuánto sufrió Ramón! ¡cuántas angustias! ¡cuántas horas de amargo desconsuelo! ¡cuántas noches, velando de aquella niña el apacible sueño, le sorprendió la aurora con sus tenues y pálidos reflejos!

Para él era su hija su esperanza, su amor, su único anhelo, lo que es para la flores el rocío, lo que es para el amante el primer beso, lo que es la religión para el creyente, lo que son para el triste los recuerdos y lo que es para el naufrago en el trance fatídico y siniestro de lucha horrible con las crespas olas la luz del faro que se ve á lo lejos.

Pero el día en que el padre venturoso por fin de sus afanes logró el premio, viendo en aquella niña encantadora de dorados cabellos una mujer hermosa como un ángel de airoso porte y continente regio, sintió dentro del alma el más rudo y cruel de los tormentos, porque el amor tirano, que siempre está arma al brazo y en acecho, clavó en el alma de la casta niña su dardo más certero.

Y... ¡Me quiero casar!—dijo ella un día— «Ese hombre es mi ilusión, es mi embeleso, su amor es mi esperanza, y su pasión ardiente, mi consuelo.

Cuando fija en los míos sus grandes y rasgados ojos negros, brillantes como el sol del mediodía, como el espacio, inmensos; cuando se acerca á mí, cuando le escucho, cuando á mis pies, rendido, le contemplo, jurándome pasión, constancia eterna, radiante de pasión, de dicha trémulo; cuando estrecha mi mano, cuando me envuelve su vital aliento, y como don de amores que á mí bajara desde el alto cielo él sobre mí derrama miradas dulces y suspiros tiernos, siento, padre, delirios insensatos, creo que el mundo para mí es pequeño; el alma enamorada rompe su cautiverio, y á ignoradas regiones

tiende su raudó, poderoso vuelo, buscando en los espacios infinitos el alma errante de su dulce dueño. «¡Sea lo que tú quieras, hija mía! (dijo el padre, pensando al mismo tiempo que á veces son los hijos justo castigo de pasados yerros). ¡Esta es la eterna ley! Yo hice otro tanto que hacer quieres tú ahora, y no me quejo, pues, como tú, también sentí en el alma de una pasión el formidable incendio.

Yo quise á una mujer, como tú quieres al que hoy me roba tu cariño inmenso. Por aquella mujer, dejé á mi padre, cual tú me dejas hoy, solo y enfermo. ¡Vete! ¡Vete con él! ¡Sed muy felices! ¡Yo aquí, rezando por vosotros quedo! ¡No penséis más en mí, que yo confío en que no han de faltar al pobre viejo ni un jirón de la noche en que envolverse cuando á este mundo dé su adiós! postrero ¡ni un puñado de tierra! bajo el que puedan descansar sus restos! Hiende los aires el silbido ronco del tren, que avanza, vomitando fuego, y allá van ella y él, ébrios de gozo, unidos para siempre en lazo eterno.

Solo allí el viejo queda diciéndoles ¡adiós! con el pañuelo, en tanto que se aleja el férreo monstruo en densas nubes de vapor envuelto...